

Así Era Mi Amigo, Don Pancho Encina,

Por Eduardo Moore Montero
Especial para "ERCILLA"

DESPUNTABA YA LA PRIMAVERA. Los primeros rayos del sol hacían verdear las laderas empinadas donde el pastito se apretaba entre riscos y matas de quillayes y maitenes. La jauría ladraba en la loma cercana: firme en la huella. Rodeando la pequeña fogata nos defendíamos del frío, atentos al desarrollo de la cacería. Alguien advirtió: —“La que ladra tapidito es la Corneta. Va punteando sobrero... es la suya, Don Pancho”. El aludido sobaba las vueltas de un lazo de cuero peludo para calentar los dedos. No hizo ningún comentario.

Después de un silencio en que los oídos atentos descifraban el concierto de ladridos, que el viento acercaba o alejaba, don Pancho se puso de pie y se alejó unos pasos del grupo. Sin volver el semblante hacia nosotros advirtió con esa voz segura que apuraba presurosas las palabras:

—“Ahora sí, jóvenes, lo llevan cerca. La Cantora pasó a la punta, y va viendo al sorro: cambió de ladrido...”

Rápidamente nos incorporamos procurando captar detalles de los lances finales. Ahora “la cuadrilla” se abría en abanico y se precipitaba en acometida ansiosa hacia el fondo de la quebrada. Después hubo un instante de silencio y resonó largo, ronco, el toque de corneta del “picador”.

—“¡Pillado!” —exclamó alborozado don Pancho—. Y nos acercamos al grupo de caballos que nos esperaban cerca de la fogata.

A la hora del almuerzo, en el comedor de la vieja casona de “Los Maquis”, propiedad de don José María Hurtado, don Pancho retomó la palabra. Durante la sorreadura se había conversado poco. Ahora podíamos escucharlo tranquilo. Su charla era pintoresca, enseñadora, sin vanidades ni prepotencias, y traspasada de una chilénidad tan sabrosa y edificante a la vez. Se le podía escuchar horas que pasaban sin sentirlas. Abordaba los temas más variados, salpicados de recuerdos y anécdotas históricas; y retenía en su memoria prodigiosa fechas, nombres, lugares y episodios. Yo lo conocía sólo desde ese amanecer cuando partimos de la hacienda “Yaki”, donde pernocté con mis familiares, a reunirnos en el cerro “Nenquén” donde estaban citadas cuadrillas de perros zorros. Era un cotejo muy esperado, y don Pancho se hizo presente con tres perritas de buena procedencia.

¿A qué hora leía ese hombre afanado en las labores de un fundo veci-

no, y de otras grandes haciendas que arrendaba en el norte y en el sur del país? ¿Cómo había logrado formar esa maciza cultura que evidenciaba?

Lo volví a encontrar en un rodeo al año siguiente y en la medialuna del fundo que explotaba en sociedad con su cuñado Guillermo Warken, en las cercanías de la estación Colchagua. Yo iba muy preocupado por la calidad de

los jinetes invitados, mejor dicho, por la excelencia de sus caballos. ¿Lograría comportarse discretamente mi yegua “Alcúzar” nacida y criada en las serranías costinas de Paredones, y sin otra enseñanza ni escuela que la de mis piernas y muñecas?

Cuando entré al “apifiadero” y elegí a mi novillo, el compañero que me hacía pareja me advirtió: “ahí en la ramada de la tribuna hay un caballero medio veterano que está hablando de usted porque lo mira sonriendo”. Era don Francisco Encina. El mismo de la sorreadura. ¿Qué estaría pensando de mí y de mis posibilidades? De pasadita, y atracado a la quinchita, lo saludé con respeto y cariño. Me inspiraba admiración ese “chilenazo” tan inteligente, rebozando calor humano y comprensión de las cosas de su tierra; juvenil como pocos a la altura de sus años maduros. ¿Qué opinión le merecería yo? Y partí espoleando con furia a mi yeguita mulata y logrando una atajada más que regular. Cuando me incorporé al grupito de los “críticos”, bajo la ramada donde estaban preparando el almuerzo, Don Pancho me recibió con un abrazo:

—“Conque la “Alcúzar” amigazo costino. Yo ya lo sé todo: es nieta del “Guante”, el potro que Ramón Eguliguren se llevó a la “Quesería”, esa hacienda vecina a la suya, pues. Mire: el “Guante” es de los potros chilenos que han sostenido una línea más pareja en sus descendencias”.

Y así siguió la charla: estimulante, cálida, sin términos rebuscados, haciendo fáciles y comprensibles los temas en su lógico desarrollo.

A todo esto yo ignoraba, como muchos de los presentes, que nuestro cam-



El último camino.



La mirada que escudriñó nuestra Historia.



Reafirmaba sus opiniones con una dedicatoria.

pechano amigo era autor de un libro publicado en 1912 y que se ha hecho cada vez más famoso en el correr de los años: "Nuestra Inferioridad Económica". Ignoraba que gozaba de justo renombre en círculos intelectuales de la capital por su vasta cultura y el patriótico empeño en destacar con relieve los problemas nacionales que reclaman una solución más urgente. En mis andanzas entre periodistas y en mi trato con algunos escritores de la época jamás me había tocado en suerte rozarme siquiera con este personaje canoso ya, que frisaba los 48 años, que se mimetizaba con el ambiente campesino, con sus hombres y sus hábitos, y que parecía ocultar una gigantesca cultura, un mundo de variados conocimientos, y todo bajo gestos y palabras

sencillas. Nos trataba de "jóvenes" y a la gente humilde de "niños".

Conocía minuciosamente todos los rincones de Chile. El territorio no tenía secretos para su curiosidad incansable: cosas del mundo físico y del medio humano marcaban su sensibilidad, hacían trabajar su imaginación y quedaban ancladas en su memoria. Sabía el origen de fortunas, de negocios mineros, y no ignoraba los entretelones de escándalos sociales, financieros y políticos de épocas lejanas y también de las actuales.

Estaba obligado, casi físicamente, a vaciar ese mundo interno en muchos libros: en otra forma habría estallado.

Desde niño había acumulado apuntes, anotaciones, material recogido en un incansable proceso de las más variadas lecturas; y en cuadernos estaban apresuradamente anotadas las

conversaciones de sus mayores con personajes de la época. Fue por lo demás un alumno excelente del Liceo de Talca, y en torno a su juvenil personalidad se fue formando algo semejante a una leyenda que hoy día tiene explicación y consistencia: se aseguraba que cuando cursaba 6.º Año de Humanidades y debía rendir Filosofía final, el Liceo pidió examinadores a Santiago.

Pero faltaba "algo", un pequeño o enorme remezón que lo zafara del aislamiento provinciano y rural y lo enclavara más a firme de su escritorio de Santiago, hasta donde venía periódicamente y donde había ido reuniendo libros, apuntes y documentos.

Y el hecho triste y fecundo se produjo. Triste para su corazón y auspicioso para la gloria literaria de Chile. Murió repentinamente su único hijo varón, joven de 20 años: un ataque cardíaco lo fulminó al abandonar el baño.

Don Pancho se sumió en un dolor sin orillas ni consuelo. Un buen amigo lo estimuló a lanzarse a una tarea para lo cual estaba admirablemente bien preparado, y que lo haría lentamente ir recuperando su fe en la vida. Ahí te-

nía a su mano el material que había pacientemente acumulado y que sólo esperaba la actividad de su mente para dar nacimiento a una obra que ya estaba viva dentro de él: la Historia de Chile.

Así resultaron, y como anticipo de una faena de entrenamiento, los dos tomos dedicados a la vida de Don Diego Portales. La hondura y aménidad de esta obra le aseguró un éxito de librería pocas veces igualado en el país.

Don Francisco Encina había emprendido con paso firme el camino de su cabal destino. En 1938 apareció el 1er. tomo de los 20 que comprenden su Historia de Chile. Obra monumental cuya importancia y resonancia ya nadie discute. Más allá de nuestras fronteras es considerada como la creación de Literatura Histórica más notable de la lengua Castellana dentro del siglo XX.

La muerte lo ha sorprendido cuando daba término al volumen octavo de su "Bolívar" y la Independencia de la América Española.

Hermoso ejemplo de energía intelectual, de amor a Chile y de fe en los destinos de la Humanidad. ■



D. Francisco Encina y su esposa.